

correspondiente inscripción; y todo ello para «dar un público testimonio de la estimación en que México, como todo el mundo, tiene la memoria del ilustre, sabio y benéfico viajero Alejandro, Barón de Humboldt, y la gratitud especial que México le debe por los estudios que en él hizo sobre la naturaleza y productos de su suelo, sobre sus elementos económico-políticos y sobre tantas útiles materias que publicadas por su incansable pluma, dieron honor y provecho a la República cuando aún se llamaba Nueva España».

Los publicistas se preocuparán por sostener el culto entre la ciudadanía, evocando periódicamente sus méritos y sus hazañas en publicaciones dispersas por todas partes. Así, al fallecer, el culto que se le brinda se manifiesta en decenas de necrologías que aparecen en publicaciones americanas y europeas, como las que firma el notable historiador Antonio Ferrer del Río en la prestigiosa publicación madrileña *La América*. Cuando en Europa surgen iniciativas culturales bolivarianas, como la que alentó el diplomático colombiano Adriano Páez al editar en París en 1874 la *Revista Latinoamericana*, la huella de Humboldt estará una vez más presente: el venezolano Arístides Rojas, en un trabajo dedicado a Adolfo Ernst, publicará un artículo con el título «Recuerdos de Humboldt en América».

Y los científicos le emulan y lo usan como un referente fundamental de sus programas de investigaciones. Todo el asociacionismo científico que florece en la América latina en la era romántica y en la época positivista se autoconcibe bajo la influencia de Humboldt y, en ocasiones, hace explícita su deuda con él recurriendo a la eponimia. La Sociedad de Naturalistas Neogranadinos fundada en Bogotá en 1859, probablemente bajo el impacto del fallecimiento de Humboldt, pretendía por ejemplo sistematizar los conocimientos indígenas sobre la flora neogranadina y reanudar las investigaciones sobre plantas útiles efectuadas por la expedición botánica de Mutis, y por Humboldt y Bonpland. El grupo de científicos venezolanos que editaban la revista *Vargasia* decide en 1869 dedicarle un monográfico de su publicación con motivo del primer centenario de su nacimiento. Cuando un grupo de alumnos del Seminario de Minería de México decidan constituirse como sociedad científica en la década de 1880 se autodenominará «Sociedad Humboldt».

Los naturalistas y expedicionarios europeos que viajan a las Américas en las décadas de 1860 y siguientes irán siguiendo sus huellas y tomándolo como guía, aunque después por un afán de emulación intenten puntualizar y mejorar sus observaciones. En el caso de la *Commission scientifique du Mexique*, organizada por Napoleón III, las instrucciones que elaboraron los cuatro comités en los que se organizó esa compleja movilización de la cien-

cia imperial francesa –de ciencias naturales y médicas; de ciencias físicas y químicas; de historia, lingüística y arqueología; y de economía política, estadística, trabajos públicos y cuestiones administrativas– destilaban influencia humboldtiana por todas partes, muy perceptible en los informes que elaboró el geógrafo Vivien de Saint-Martin. En el caso de la expedición española denominada *Comisión científica del Pacífico*, que recorrió gran parte del continente americano entre 1862 y 1865, su principal integrante, Marcos Jiménez de la Espada es un émulo de Humboldt, tanto en sus investigaciones de naturalista como en sus trabajos de historiador. Ascende a algunos de los *Höhepunkte*, o lugares sagrados de los naturalistas, que Humboldt había contribuido a sacralizar y mitificar, como podían ser los bellísimos volcanes nevados de Chimborazo y Antisana del Ecuador; observa la naturaleza y las culturas americanas con una mirada humboldtiana envolvente, totalizadora y armónica, y sus grandes trabajos historiográficos sobre las antigüedades peruanas prosiguen la vía abierta por Humboldt en sus estudios arqueológicos. Una de las maneras que tendrá de honrar a quien él considera uno de sus maestros, es la de editar en 1889 en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* el viaje de Quito a Lima de Carlos Montúfar con Humboldt y Bonpland.

Quisiera destacar finalmente que ese culto a Humboldt que se desenvuelve en Europa y América *post mortem* (del héroe civilizador o *praeceptor mundi*) adopta tonos y manifestaciones variados según las circunstancias de cada lugar. En los países latinoamericanos Humboldt es objeto de culto porque contribuyó con su obra a situar a esos nuevos Estados en la cartografía del sistema mundial de conocimientos que se estaba fraguando y porque con su obra –que en cierta medida fue una síntesis de los esfuerzos realizados por las tradiciones científicas metropolitana, virreinal y eclesiástico-criolla que se desarrollaron en la América española durante el siglo XVIII– dio argumentos y marcó la pauta de las respectivas ciencias nacionales que se fueron construyendo durante el siglo XIX.

En algunos países europeos como Francia y Alemania se le rindió culto porque fue visto por unos y por otros como parte propia de su legado científico, y como una estrella refulgente de sus respectivas constelaciones científicas. Y ese culto se manifestará en un permanente diálogo de científicos alemanes como Ritter, o franceses como Boussingault, con el legado humboldtiano, y en un afán de perfeccionar e incrementar sus conocimientos, como se aprecia en las ediciones de su correspondencia que promoverán en París La Roquette en la década de 1860 o Hamy en la primera década del siglo XX, o en las biografías efectuadas por estudiosos alemanes como los tres volúmenes que editó en Leipzig Karl Bruhns en 1872.

En el caso español se puede aseverar que el culto a Humboldt no originó grandes logros en un mejor estudio de su obra, aunque también es cierto que la traducción de algunos de sus trabajos como la que hiciese –entre otras– Bernardo Giner de los Ríos en 1876 de los *Cuadros de la Naturaleza*, gracias a la iniciativa del editor Gaspar, muestra un cierto interés social por la recepción del legado científico de Humboldt en la sociedad española del último tercio del siglo XIX, que creo está aún por estudiar. En todo caso, un grupo de científicos empeñados en construir una tercera vía en la polémica de la ciencia española, según he analizado en otro trabajo («Ciencia e historia de la ciencia en el Sexenio democrático: la formación de una tercera vía en la polémica de la ciencia española», *Dynamis*, vol. 12, 1992, pp. 87-103) sí prestaron atención a ese legado, procuraron enriquecerlo y lo valoraron como una prueba más de que ante el desarrollo de la ciencia española no había que mostrar ni un insensato orgullo ni un triste desaliento, según la formulación de uno de los teóricos de esa tercera vía, el zoólogo Pérez Arcas. Esta actitud es la que hizo posible que algunos de los defensores de esa tercera vía, agrupados en la Sociedad Española de Historia Natural, editasen varios materiales relacionados con el viaje americano de Humboldt –como sucedió con el trabajo que publicó entre 1871 y 1872 José María Solano Eulate en las *Memorias* de esa sociedad titulado «Cartas inéditas del barón Alejandro de Humboldt con un facsímile» –o que el químico Rodríguez Carracido incluyese en 1897 una reflexión sobre «Alejandro Humboldt y la ciencia hispanoamericana» en su miscelánea de *Estudios histórico-críticos de la ciencia española*.

Curiosa y significativamente, ese particular homenaje hecho desde Madrid a una «gloria de la humanidad» le sirvió a ese científico imbuido de ideales patrióticos regeneracionistas para recordar «las glorias de la ciencia hispanoamericana». Ese futuro rector de la Universidad Central construyó su argumentación en torno a tres ejes. Evoca la cultura científica que Humboldt encontró en el mundo hispánico de ambas orillas del Atlántico para resaltar cómo y de qué manera influyó en el programa de trabajo que desplegó el viajero prusiano. Presenta a Humboldt como un «paladín de nuestros intereses intelectuales», pues «inspirado por la justicia tuvo en todas sus publicaciones firmeza de ánimo y rectitud de juicio suficientes para devolvernos la parte que en la obra de la civilización nos pertenece». Y explica con varios ejemplos cómo contribuyó Humboldt a defender los aportes efectuados por estudiosos hispanos al conocimiento de la naturaleza y de las culturas americanas, destacando cómo el momento en que Humboldt levanta a mayor altura la ciencia hispanoamericana hasta presentarla como precursora de su propia obra, es [aquel] en el que publi-

ca que: «El fundamento de lo que se llama hoy la física del globo, prescindiendo de las consideraciones matemáticas, está contenido en el libro del jesuita José de Acosta, titulado *Historia natural y moral de las Indias*, y en el de Gonzalo Fernández de Oviedo, que se publicó veinte años después de la muerte de Colón».

